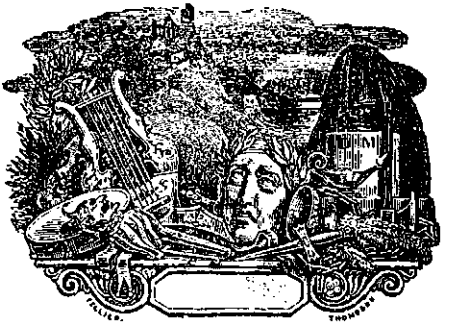
H A
3223.

AMALIA PASI

AL

CULTO PÚBLICO

MEXICANO.



MEXICO: 1845.

IMPRENTA DE VICENTE G. TORRES,
Calle del Espíritu Santo número 2.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

AL

Respetable Público.

Con motivo de la separacion de la compañía de ópera italiana, á la cual pertenecí por acaso unos cuantos dias, se ha interpretado por los concurrentes al *Gran Teatro Nacional*, de muchas y muy diversas maneras, todas de acuerdo sin embargo, con los antecedentes y afecciones que cada uno tenia en la materia. Los unos, y estos eran mis gratuitos y oficiosos enemigos, han querido atribuirla á un rasgo caprichoso de un desmedido orgullo que suponen en mí, para paliar de este modo su manejo poco caballeroso con una pobre muger, inerme é indefensa sobre la escena, y hoy, por su mal, tambien sola en el mundo. Otros, mas crédulos que discursivos, han dado asenso á tan mal formada patraña, porque los que la inventaron tenian un interes positivo en propalarla, para que á fuerza de repetirla llegase á ser una realidad. Muchos, menos astutos que compasivos, doliéndose de mis padecimientos, creyeron de buena fe que mi desaparicion de la escena la motivaba el estado de mi deteriorada salud, porque así se lo habian inculcado unos cuantos, á quienes convenia aparentar, por fines particulares, que yo me encontraba enferma. No pocos, bien cerciorados, sin duda, de todo cuanto habia ocurrido desde el momento en que me contraté, lejos

© Biblioteca Nacional de España

de dar crédito ni á los unos ni á los otros, y muy distantes de increparme por el partido que habia tomado, parece que aplaudieron mi resolucion como emanada de un amor propio bien entendido, lastimado injustamente y herido sin un plausible motivo que lo justificase.

En medio de tantas y tan varias suposiciones y conjeturas, mas ó menos probables, á mí ni me era dado sincerarme revelando la verdad, ni nada me era lícito decir, pues que el silencio de la empresa sobre este incidente, tenia sellados mis labios. Mas ahora que aquella en su anuncio de la noche del 6, ha descorrido el velo de lo que ocultaba como un arcano, publicando la carta que le dirigí con fecha 24 del pasado; y una vez que para siempre me he despedido de los teatros de esta capital, debo, como artista, á mis generosos detractores, algunas demostraciones y verdades que patenticen lo injusto é infundado de sus asertos: debo á los que los han creido, algunos desengaños que los disuadan del error á que los indujeran informes siniestros y apasionados; debo á los que me han hecho justicia, la manifestacion de mi perdurable gratitud, y debo en fin, al público justo é imparcial, á aquel público circunspecto y pensador que jamas desaira ni cecea, no solo á las artistas que cumplen con todos sus deberes, pero ni aun á los mas ínfimos é inútiles actores, una completa satisfaccion respecto de mis procederes, por las consideraciones que en todos tiempos me ha dispensado; y una ligera reseña de las verdaderas causas que me obligaron á abandonar el teatro en una época en que me era indispensable contar con aquel recurso, ya que la suerte me lo habia deparado, para subvenir á mis gastos mas necesarios y precisos.

El temor de parecer prolija, me hará bosquejar rápidamente los hechos que han tenido lugar desde el punto en que la empresa intentó contratarme, hasta el instante en que dejé el teatro.

Metida en el humilde rincon que me sirve de asilo y casi ignorada de la sociedad toda, la empresa del *Teatro Nacional* vino á proponerme, sin

© Biblioteca Nacional de España

que yo ni remotamente lo solicitara, si queria formar parte de la compañía de ópera, cantando en ella en mi calidad de *prima donna* (en cuya categoría vine á México) y en rigorosa alternativa con la Sra. Borghese. El amor que profeso á mi arte, el deseo de ejercitarlo de nuevo, con la mira de que en lo sucesivo me sirviese para proporcionarme de un modo honesto mi subsistencia, unido á lo poco lisonjeras que eran entonces y son ahora para mí las circunstancias, me decidieron á admitir la invitacion que se me hizo, sin ninguna repugnancia. Para convenirnos la empresa y yo, pocas ó ningunas dificultades hubo que vencer, ya porque nuestras recíprocas proposiciones nada tenian de violentas ni de irritas, y ya porque los individuos que componen la empresa dicha son personas que muchos años ha me dispensan mil consideraciones sociales, y las encontré dispuestas á llevar á cima su plan, y á acceder gustosas á todas las demandas racionales que yo les hiciera. No dejó, empero, de presentar sus inconvenientes la eleccion de la ópera con que yo debia estrenarme, porque esto no dependia esclusivamente de la empresa; pero removidos los embarazos que se ofrecieron, quedó todo zanjado, y yo en aptitud de dar principio á mis tareas, persuadida de que el público sensato é ilustrado me acogeria con aquella ingénita benevolencia que lo habia hecho otras muchas veces. En esta confianza me entregué al estudio de mis papeles, sin que pudiera sospechar lo que en breve debia de sucederme.

Tan luego como empezaron los ensayos de la *Lucía* con la orquesta, dieron principio mis sinsabores, y ya desde entonces no me fué difícil adivinar el desenlace que me estaba preparado. El Sr. Chavez que, en tiempos para mí mas risueños, me habia ensalzado aun mas allá de la lisonja misma, sin miramientos de ninguna especie ni á mi fatal posicion, ni á mi sexo, se declaró graciosamente mi acérrimo y capital enemigo, no sé por qué; y sin otra causa que haberle exigido la repeticion de algunos pasages difíciles que requieren una perfec-

© Biblioteca Nacional de España

ta y mútua inteligencia entre la orquesta y el cantante, me dirigió amargas é inconsideradas réplicas, y ácres y virulentos sarcasmos, de tal manera fuertes é indebidos que, el Sr. Batres no pudo menos de bajar á la orquesta para advertirle al oido que se moderase. Terrible fué para mí este preludio, y él me predecia que, una vez en pugna abierta con el director de la orquesta, y éste sin el freno de un maestro que lo redujese á los lindes de su obligacion, que es seguir y acompañar al cantante, y no insultarlo y tomar los tiempos, segun su capricho, cual lo hacia el Sr. Chavez y los inteligentes lo han notado, muy pronto tendrian término mis artísticos afanes. Penosos fueron para mí aquellos instantes de inmerecida humillacion, que no la habria soportado ni por todo el oro del mundo, si no me tuviera ligada un compromiso que entonces no podia romper. Pero ya resuelta á arrostrarlo todo, devoré en silencio aquel descomedimiento de un hombre poco atento y nada cortes, que abusaba de mi infeliz situacion, y esperé serena la noche de mi estreno, aunque no ignoraba que algunos de mi malquerientes habian preguntado á la empresa que *¿cómo me atrevia á salir con la Lucía habiéndola cantado la Sra. Castellan?* Como si una ópera fuera patrimonio de una sola cantante, ó como si una cantante con iguales ó semejantes medios no pudiese desempeñar las óperas que hubiera cantado otra, sobre todo, si la ópera era adaptable al carácter y facultades de la cantante, como lo es para mí la *Lucía*. Yo conocí desde luego la mano que me arrojaba el dardo, y como supiese que no podia herirme, su invectiva no hizo mella en mí que sabia lo que iba á hacer y hasta donde llegaban mis fuerzas. Mas no por eso pude conservar mi serenidad hasta el momento de mostrarme al público, porque pocas horas antes tuve noticias ciertas de que algunas personas vociferaban y decian que estaban decididas á desairarme tan luego como apareciera en el proscenio, sin otra razon ni mas derecho que el que da á cada espectador el billete que compra en la ca-

© Biblioteca Nacional de España

silla. ¡Cuánta imparcialidad y qué esceso de delicadeza en hombres que se dicen caballeros y que pretenden figurar en la buena sociedad! ¡Y qué heroismo el suyo tan punible, ofender á una artista en las tablas, solo por capricho, ó quizás por perversidad de corazon! ¡Vergüenza causa que en el primer teatro de la capital de la república se permitan tales desmanes, y que el público los tolere con impasibilidad!

Con tan tristes preliminares y bajo tan infaustos auspicios, sin patrocinio ni valimiento, apoyada solo en mi escaso mérito, llena de zozobra y sobrecogida de miedo, me lancé á la escena, en donde fuí recibida con unas tibias palmadas que sofocaron muy pronto los mas parciales ceceos que pudieran formar la cábala y el siempre funesto espíritu de partido, pues que ya se me juzgaba antes de oirme, despues de siete años que no pisaba el tablado. Fácil es prever cuál seria mi conflicto y el estado de mi alma en aquellos momentos de prueba y de estupor; mas no por eso desmayé. Todo lo contrario, mi espíritu se ensanchó y cobró nuevo brio, ora porque no veia en aquel hecho, poco delicado por cierto, mas que el empeño decidido de unos cuantos en mortificarme, ó porque mas bien no ví sino á unos autómatas que se movian por otros resortes muy distintos acaso de los de sus sentimientos; ora porque me alimentaba la halagüeña idea de que al cabo los espectadores sensatos é inteligentes, cuyo voto es el único y solo para mí de peso, me harian justicia; y, en efecto, no salieron fallidas mis esperanzas. Segura de lo que podia ejecutar, porque conozco mis facultades y mi arte, saqué fuerzas de mi mismo anonadamiento, y al fin vi coronados todos mis esfuerzos con unánimes, repetidos y prolongados aplausos de la mayoría del público, que me hizo salir á la escena para que recibiera sus enhorabuenas, para mí tanto mas satisfactorias, cuanto que no eran debidas ni á la novedad, ni al espíritu de partido, porque yo jamas he tenido partidarios, ni los he buscado tampoco, y ni siquiera al espíritu de pai-

© Biblioteca Nacional de España

sanage, que en México no tengo yo compatriotas fanáticos y vocingleros que fueran á aplaudirme con estrepitoso furor, solo porque ellos habian visto la luz en el pais en donde yo nací.

Confieso francamente, y orgullosa estoy de confesarlo, que muestras tantas de bondad y de aprecio, como en aquella noche me dió el público, me enagenaron é hicieron verter tiernas lágrimas de regocijo. Aquella fué la mas bella noche de mi vida, porque en ella triunfé de cuantas prevenciones odiosas é injustas se habian creado contra mí; y un tal triunfo es mi mejor aureola de gloria. No me fueron menos placenteros, y aun muy mas satisfactorios, si cabe, los resultados de la segunda representacion de la *Lucía*. Disipadas las nieblas del terror y del miedo, la artista se presentó con mas confianza, y los reiterados sufragios del público, dulce y escesiva recompensa de mi empeñoso anhelo por complacerlo, me dieron á conocer que la animosidad habia desaparecido, y que yo era para los mexicanos aquella misma artista que en otro tiempo habian galardonado con desmesurada prodigalidad. Pero yo, cuitada, no presumia que aquellos deliciosos é inefables placeres se acibararian bien presto, ni que entre los laureles que acababa de recoger, se ocultaba el venenoso áspid que habia de morderme. Desde aquel instante, el demonio del descontento y del enojo, se desencadenó contra mí, y mis acerbos é irreconciliables enemigos no perdonaron medio ni diligencia para nulificarme. Apenas se anunció la segunda ópera que yo debia de desempeñar, cuando renacieron como por ensalmo, las mal amortiguadas prevenciones. Los hombres de partido, los personages activos del patio que toman el nombre siempre respetable é imponente del público, aquellos para quienes nada es bueno sino lo nacido ó venido de su pais, y los pocos, en fin, que van al teatro dispuestos de antemano para aplaudir ó silbar, segun las instrucciones que reciben, todos estos, despues de haberse dado el santo y la consigna, se pusieron á la órden del dia, que era ce-

© Biblioteca Nacional de España

cearme tan luego como se me aplaudiera por algunos otros que no fueran de su pandilla. Llegada la hora de la representacion de la *Gemma de Vergy*, cada cual se hallaba en su puesto, y no faltaban centinelas avanzadas en la galería alta y hasta en la orquesta, que servian como de ecos y de repetidores. A mi salida, un sepulcral silencio reinaba en la sala del espectáculo, y este silencio, precursor de las maquinaciones que se habian puesto en juego para pulverizarme, produjo en mí una pavorosa sensacion que me embargaba la voz, y apenas concibo cómo tuve aliento para cantar. Despues que concluí la *cavatina*, se oyeron algunas lánguidas palmadas que al momento fueron interrumpidas por elegantes ceceos, sucediendo lo mismo con todas las piezas en que yo cantaba, á escepcion del *rondó* final, en el que se percibieron unas semi-palmadas que perturbaron por el espacio de un segundo de tiempo aquel silencio de las tumbas con que se me oia, á pesar de ser el *rondó* una de las piezas que he cantado mejor en mi vida, y con mas vigor y valentía que nunca; que los artistas conocemos mas bien que los que nos juzgan, cuando somos dignos de aplausos, y cuando merecemos el silencio, la befa ó el desprecio.

Concluida la ópera, me retiré á mi casa, satisfecha de haberme esmerado y de haber cumplido bien con mi deber, y resuelta al mismo tiempo á no volver á cantar mas en el *Teatro Nacional* por conocer que para ciertas personas, solo la novedad, sea cual fuere, es objeto de admiracion y de pasmo; y tambien por estar persuadida de que en el mísero estado en que se encuentran hoy los espectáculos de la capital, una artista que no tenga mas proteccion que su habilidad, poca ó mucha, ni otro apoyo que saber cantar, no puede menos que ser muy desdichada con tan débiles auxilios é impotentes patronos. Al siguiente dia de estos sucesos que pasaron como desapercibidos para los que no tenian interes en observarlos, dirigí á la empresa una mal redactada ironía en forma de carta, que aquella estampó en su anuncio del dia 6.

© Biblioteca Nacional de España

Yo no sé si la empresa dicha, hizo bien ó mal en publicarla; pero lo que sí puede asegurar es, que con darla á luz, no ha salido del empeño que contrajo con el público, dejando entrever ademas un no sé qué de resentimiento hácia mí, que no le favorece mucho, porque la he servido bien y estaba dispuesta á sacrificarme en su obsequio. Pero las empresas, lo mismo que todos los hombres, van, como suele decirse, siempre al sol que mas calienta; á y la empresa para su negocio le importa estar bien con la gente inquieta que forma la bulla: su modo de dar cuenta al público de mi separacion, confirma mi raciocinio.

A las pocas horas de haber remitido mi carta, vino á mi casa el Sr. Bátres á persuadirme que continuara; y hallándome renuente y decicida á no hacerlo, me prometió que pagaria para que me aplaudiesen. Rechacé indignada semejante propuesta con el noble orgullo de una artista que no necesita recurrir á medios tan miserables, reservados solo á séres enteramente envilecidos y sin un solo átomo de mérito en su arte. Su proposicion sin embargo, me sirvió para formar idea de uno de los precios corrientes que tienen en el dia los aplausos en el gran mercado del teatro, aunque de todos los ya conocidos ni es el mejor ni el mas espeditivo. Otros son los que disfrutan ahora de mas boga, y la que no sepa ponerlos en práctica, hará muy bien en no cantar. La que carezca del talento necesario para sacar partido de las pasiones, ciencia mucho mas útil que cantar bien, afinarse y tener una voz pura, clara y estensa; la que no conozca el modo de menear los resortes de la intriga, y la que solo cuente con su mérito y su moderacion, que se abstenga de presentarse en las tablas, si no quiere ser el juguete de las facciones y de los partidos que las mas veces ocupan el puesto de la razon y de la justicia. Yo, por mi desgracia, amaestrada ya por la esperiencia, puedo con los ejemplos demostrar esta verdad.

La cantante que en su teatral infancia pudo al lado de una Albini ser coronada y aplaudida una y

© Biblioteca Nacional de España

muchas veces, ya cantando con ella, ó ya sola, no podria hoy, conservando todos sus medios artísticos, y algunos mejorados, ser indigna de un aplauso en una ópera de tanto valer y de tantas dificultades como *Gemma*, especialmente cuando vemos aplaudir todos los dias, gestos, desentonos, contorsiones y monadas, indecentes no pocas veces. Si el año de 36 la Pasi no se deslucia en medio de tantas habilidades y méritos reales como habia en la compañía de aquel entonces, par diez que hoy pocos recelos podian asaltarla para cantar en medio del pálido cuadro que presenta la actual compañía. La que conmovió al público en la *Sonámbula* y la *Inés de Castro*, estando enferma y estenuada, hoy en mejor estado, ningun escrúpulo podia tener para cantar á *Gemma*, que se habia visto en México mutilada, sin temor de que se le ceceara, á no haber habido quien menease los alambres.

En vano dirán mis enemigos que yo misma me ensalzo y hago mi apología; porque yo les responderé, que cuando se me quiere deprimir y humillarme sin razon, me es permitido defenderme y abogar por mí misma, y no con las gastadas armas del charlatanismo, sino con hechos indestructibles que me hacen honor, y que aun el tiempo no ha podido borrar en México. Diráseme tambien que yo queria ser aplaudida por fuerza, y que como no lo fuí en la *Gemma*, mi orgullo irritado me hizo retirar de la escena. Pero yo replicaré que nunca he tenido la necia pretension de que me aplaudieran ó dejaran de aplaudirme: los públicos poseen ese formidable derecho, y con razon ó sin ella, hacen uso de él á su antojo; pero como la inmortalidad no es por desdicha la recompensa de las cantantes, porque sus glorias son tan efímeras y pasageras como el placer que causamos, apetecemos siquiera gozar de los aplausos, que es el único premio á que aspiran las que han nacido con la sensibilidad de artistas. Y ya que nuestra existencia teatral es tan precaria y nuestros sacrificios tan costosos, anhelamos que nos los dul-

© Biblioteca Nacional de España

cifiquen con los aplausos, cuando creemos merecerlos. No aplaudir á una artista, despues de haber cantado con algun gusto, con alguna inteligencia y alguna precision, una y muchas piezas difíciles y en una misma ópera, sobre todo, en los teatros en donde se aplauden con furor *La Colasa*, el *Tripili trapala*, y otros mamarrachos de su jaez; despues de ser el colmo de la parcialidad y de la injusticia, que prueba poco el buen gusto y la inteligencia de los que tal aplauden; es empozoñar la vida de la artista; es condenarla á que se presente ante el público temblando como la víctima á la vista de su vergudo; es humillarla bárbaramente é impelerla á que deteste su arte, el arte de que debe de vivir, que en vez de proporcionarle delicias, solo le acarrea pesares y desazones. Estas he querido evitar yo con retirarme, ya que la fatalidad ha dispuesto que de algunos años á esta parte lleven la voz en los espectáculos de México gentes turbulentas y advenedizas que quieren avasallarlo y dominarlo todo en todas partes, desde el gabinete hasta los teatros, y desde la imprenta hasta los establecientos públicos. En ellos no hay razon, juicio ni medida para juzgar las artes y los artistas: todo es faccion, y el que no es su devoto, tiene que ser su víctima, porque por desgracia al público le afectan poco ó nada estos acaecimientos, y ni aun los mira como un mal fugitivo que ha contribuido á paralizar por algunos dias un espectáculo que debia serle grato bajo muchos respetos en las actuales circunstancias. Pero la indiferencia suele ser en algunas partes el estado normal de los hombres, y los que la conocen, saben sobreponerse á todo y sacar de ella gran partido. No es mi idea en este caso hacer aplicaciones que no asentarian bien en la pluma de una ignorante muger.—Aquí quisiera ya concluir la tarea que me he propuesto, y que ha tenido por objeto no dejar sepultado en el silencio, lo que conmigo habia sucedido en el teatro, porque una artista es cosmopolita, y no pertenece á un solo público: su idioma es el de todo el mundo, y su patria, su

© Biblioteca Nacional de España

teatro el universo entero. Pero me es imposible dejar de decir algo de un episodio que está íntimamente enlazado con la historia de mi fugaz contrata: este episodio es el juicio crítico que de mi mérito artístico ha formado el imparcial y hábil escritor Mr. Thivol. Gustosa me abstendria de molestar por mas tiempo la atencion de mis lectores, si no me obligara á ello, mas bien que mi amor propio, el interes del arte, tan ignorado del Señor Thivol, como estropeado por su sagaz y elegante pluma.

El Sr. Thivol, en su editorial del 18 de agosto, hablando del papel de la *Lucía*, dice con aquel mismo tino que suele decirlo todo, que *él cree que no hay en el teatro un papel mas brillante ni mas escabroso á la vez.* Si las creederas del Sr. Thivol pudieran reducirse á una proposicion racional, sacariamos en limpio que el papel de *Lucía*, era un papel *áspero*, *duro*, y por consiguiente un mal papel. Pero por fortuna, ni es como lo pinta el Sr. Thivol, ni es tan dificil como él ha querido decir al llamarlo *escabroso.* Cualquier soprano con una voz limpia y aguda y una poca de agilidad justa, puede cantarlo mas que medianamente bien, pues á pesar de haberse escrito para la Sra. Persiani, no es cierto que estén en él *amontonadas todas las dificultades musicales*, ni es tampoco uno de esos papeles que aterrorizan á *las primas donnas*, ni *es escollo de las cantantes y actrices mediocres*, como para deprimirme, dijo sin ninguna inteligencia el Sr. Thivol. Lea si no los periódicos de Europa, y sabrá por ellos en cuántos teatros se ha dado la Lucía y por cuántas *primas donnas* distintas, y en casi todos con buen éxito.

Mas adelante asevera el señor dicho que: *para representar aquel personaje, se requiere no solo una voz estensa, flexible y brillante, sino tambien una habitud consumada de la escena y el sentimiento dramático desarrollado hasta su última potencia.*

Por estas pocas líneas se conoce inmediatamente, que ni el Sr. Thivol tiene la menor tintura de música, ni ha ojeado el arte dramático, ni sabe

© Biblioteca Nacional de España

quién es la Sra. Persiani. Si el Sr. Thivol conociese la música ó siquiera supiese oirla, habria observado en alguna de las muchas veces que ha visto representar la *Lucía*, que esta parte está escrita en las notas agudas y medias, y por lo mismo no se necesita para cantarla, y bien, como la canta la Sra. Persiani, tener gran estension de voz. Si el Sr. Thivol tuviese algunas mas nociones del teatro que las que manifiesta cuando escribe acerca de él, sabria tambien que para los papeles de sentimiento y de ternura, como es el de Lucía, no es indispensable tener *una habitud consumada de la escena;* basta saber sentir y hacer suceder en el alma las diversas pasiones de que una es susceptible, que esto es lo que se llama *sentimiento* en una actriz ó en un actor; pero *sentimiento dramático,* sin que parezca sacrilegio, es un animal exótico que los artistas no conocen. Si el Sr Thivol conociera á la Sra. Persiani, sabria que esta célebre artista que canta con una precision admirable, que trina como un jilguero, y que está dotada de una inimitable agilidad, no es igualmente sublime como actriz, que en esta parte no hay muchas cantantes que sean Malibranes.

En otro párrafo nos dice el Sr. Thivol que *algunas bellas frases, como las que sabe hacer algunas veces Donizetti, escritas sobre las cuerdas bajas, han sido perfectamente dichas y cubiertas de aplausos.*

Para que se conozca de qué peso puede ser en música el voto del Sr. Thivol, bastará decir que no hay tales notas bajas en la ópera, y que las que allí he cantado, las coloco yo para huir de la monotonía del canto y hacer mas vária la melodía.

Pero en donde mas brilla el discernimiento y la fina crítica del Sr. Thivol, es cuando asienta que *me espera en otra ópera mas en relacion con el carácter de mi talento, por ejemplo la Sonámbula.*

En estas pocas palabras se ve al crítico luchando con la parcialidad y queriéndonos decir que yo no puedo cantar la *Lucía.* ¡Qué mezquina es la

© Biblioteca Nacional de España

condicion de los míseros mortales! ¡Supone que yo no canto bien Lucía, y para juzgarme, me espera en la Sonámbula! Ya se ve, el Sr. Thivol no sabe ni tiene obligacion de saberlo, que para cantar la Sonámbula se necesitan mas facultades que para cantar la Lucía. El desempeño de la primera requiere gran estension de voz, sensibilidad y notas de pecho que no se pueden suplir con geroglíficos del gaznate ni con notas de cabeza, como que está escrita para La Pasta que poseía las verdaderas dotes que son indispensables para cantar la música franca, natural, espresiva y melodiosa, como lo es la de la Sonámbula y otras de su género, en las que se encierra el verdadero lenguaje de la música que no consiste por cierto ni en trinos ni en escalas semitonadas, que todas sabemos hacer; pero ellas solas no bastan para aspirar á la gloria de artistas.

Solo al Sr. Thivol y á su acendrada imparcialidad se le pudo ocurrir que la que canta la Sonámbula y todas las óperas escritas para la Malibran, sin quitarles ni alterarles una nota, no puede cantar la Lucía. No será estraño que un dia de estos nos diga que las cantantes italianas no conocemos como las estranjeras la verdadera espresion de nuestro canto, y que por consiguiente ellas cantan mejor que nosotras; aunque está fuera de duda para todos los conocedores, que el verdadero carácter de nuestra música y el profundo sentimiento de todas sus bellezas, nadie puede sentirlas ni espresarlas como nosotros.

Deveras que es una calamidad para los espectáculos, para las artes y para los artistas, que escritores faltos de conocimientos y destituidos de imparcialidad y de sana crítica, sean los directores de la opinion pública y los jueces que han de juzgarnos. No sin razon se ha escrito alguna vez que ,,esta parte de los periódicos en donde se esgrime á diestro y siniestro, en pro y en contra de los actores y actrices, es la que precisamente hace menos honor á la literatura y al arte dramático; porque allí está la region en donde se forman las

© Biblioteca Nacional de España

tempestades de los partidos: allí reinan las intrigas y soplan las pasiones, y segun el viento que corre, se distribuyen los elogios, se forman las reputaciones y se decretan los premios. Felizmente que el público despedaza la mayor parte de estos autos que la justicia no ha dictado: la parcialidad está tan mal disfrazada, que choca á los menos linces. Estos elogios y estas críticas, de ordenanza, no tienen ni elegancia, ni gracia, ni buen tono: allí no hay mas que el espíritu de partido que se muestra en toda su grosería."

He entretenido á mis indulgentes lectores mas tiempo del que hubiera querido; pero mi corazon necesitaba de este desahogo, y no me fué posible contener antes la pluma. Al hacer el relato de cuanto me ha acaecido en este asunto, no ha sido mi ánimo lastimar al público á quien en tiempos para mí mas felices, debí mil distinciones de aprecio: hoy se las debo igualmente á los espectadores sensatos y despreocupados que me hicieron justicia, y sobre todo, á las señoras que sé que han sentido mi separacion de la compañía de ópera. A unos y otras yo no puedo ofrecerles mas que el humilde homenaje de mi gratitud, y al dejar á México que me fué tan caro, para ir á otros paises á proporcionarme mi subsistencia, llevará indeleble en su memoria el dulce recuerdo de los mexicanos, la pobre

Amalia Paps.

© Biblioteca Nacional de España